

La codicia o la avaricia

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me puede hacer el hombre” (Heb. 13:5-6).

En este capítulo el autor hace una aplicación práctica del tema de la epístola. Habiendo expuesto en detalle la sublime gracia de Dios hacia su pueblo creyente por la provisión que él hizo para ellos de un Mediador y Fiador del pacto, después de haber demostrado que ellos tienen la sustancia de todo lo que prefiguraba la ley ceremonial, el tabernáculo y el sacerdocio de Israel, ahora ha puesto sobre nosotros las responsabilidades y obligaciones que incumben a los que son recipientes favorecidos de estas bendiciones espirituales.

Hemos dicho que lo primero y fundamental para el cumplimiento de todos los deberes es: *Permanezca el amor fraternal* (v. 1). En segundo lugar, consideramos algunos casos en los cuales esta principal gracia debe ser ejercitada: *en la hospitalidad cristiana* (v. 2), y *en la compasión por los afligidos* (v. 3). En tercer lugar, el autor hizo prohibiciones contra los dos deseos más radicales de la naturaleza caída: *la impureza moral* (v. 4) y *la codicia* (v. 5), porque el ser indulgentes con estos pecados es fatal para el ejercicio de la caridad fraterna.

En nuestro anterior estudio trabajamos largo y tendido en la provisión misericordiosa que Dios ha hecho para evitar la impureza moral, es decir, la ordenanza del matrimonio; y ahora pasaremos al segundo gran pecado: **La codicia**. *“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora* (v. 5). Aquí es puesto delante de nosotros, en un lado, el mal, y en el otro, su remedio, como pasó en el verso anterior

Vamos a seguir el orden de nuestro texto y consideraremos en primer lugar el vicio que aquí se prohíbe, antes de contemplar la virtud que aquí se ordena, sin embargo, será de gran utilidad mantenerlos a ambos en mente, porque el último arroja luz sobre el primero, lo que nos ayudará a determinar su naturaleza exacta.

“Sean vuestras costumbres sin avaricia”. La palabra griega que aquí se traduce como *“avaricia”* o *“codicia”*, literalmente significa *“amante del dinero”*, de allí que la NVI lo traduzca así: *“Manténganse libres del amor al dinero”*.

Ahora bien, aunque es cierto que el amor al dinero o a las posesiones materiales es una de las principales formas de codicia, estamos convencidos de que la traducción de la RV es preferible. El alcance del verbo griego es mucho más amplio que el vivo deseo por las riquezas materiales. Y esto se deja ver por el único otro versículo donde se produce esta palabra, es decir, 1 Timoteo 3:3, donde se describen los requisitos de un obispo: “*no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas, sino amable, apacible, no avaro*”. El mismo hecho de que la cláusula anterior especifica “*no codicioso de ganancias deshonestas*” deja claro que “*no avaro*” incluye más que “*no un amante del dinero*”.

La palabra “*costumbres*” hace referencia a la conducta o el comportamiento, como dice 1 Pedro 1:15 “*sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir*”. No debe limitarse a lo externo, sino que incluye tanto el carácter como la conducta. Muchas veces limitamos los mandamientos del evangelio a los externo, lo conductual, olvidándonos del carácter.

También Filipenses 1:27 dice: “*Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo*” (Fil. 1:27); esto significa, obviamente, dejen que sus afectos y acciones correspondan a la revelación de la gracia divina que han recibido: condúzcanse de tal manera que los que lo rodean se sentirán impresionados por los principios, motivos y sentimientos que los gobiernan.

Lo mismo sucede en nuestro texto: No dejen que la avaricia gobierne su corazón ni regule sus vidas. Pero, **¿exactamente qué es la avaricia?** Es lo opuesto a la alegría, es estar descontento con nuestra situación y porción presente. Es un deseo demasiado ansioso por las cosas de este mundo. Es un vivo deseo por lo que Dios ha prohibido o nos ha quitado, porque podemos anhelar, erróneamente, cosas que no son malas o perjudiciales en sí mismas.

Todos los deseos anormales e irregulares, todos los pensamientos o sentimientos impuros o desordenados son abarcados en este término. Codiciar es pensar sobre y anhelar algo que para yo adquirirlo redundará en perjuicio de mi prójimo.

Ahora, algunos pecados son más fáciles de detectar que otros, y reciben mayor condenación por aquellos que profesan piedad. Pero la codicia es a menudo vista como un simple guiñado de ojos, y muchas personas codiciosas son consideradas muy respetables.

Muchas personas que se llaman cristianas miran a la codicia como un asunto sin importancia. Todo tipo de excusas y pretextos plausibles se levantan a favor de este pecado. De hecho, es un pecado muy sutil del cual pocos son conscientes. Pocos sospechan que este es uno de los pecados prevalentes en sus corazones, y están inclinados a considerar este vicio como una virtud.

Pero las Sagradas Escrituras son muy explícitas en este tema. La ley divina declara expresamente *“No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”* (Éx. 20:17). *“Porque el malo se jacta del deseo de su alma, bendice al codicioso y desprecia a Jehová”* (Sal. 10:3).

Cristo le dijo a sus discípulos: *“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee”* (Lucas 12:15). Los devotos de Mammon son vinculados con *“los borrachos y adúlteros”* (1 Cor. 6:10).

El apóstol Pablo incluye este pecado entre aquellos que causan escándalo al evangelio, el cual requiere una acción disciplinaria de excomunión, si no hay arrepentimiento, y es puesto al lado de otros pecados que consideramos escandalosos: *“Mas bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o ladrón; con el tal ni aun comáis”* (1 Cor. 5:11).

El codicioso está marcado con el más detestable carácter de los idólatras (*Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: avaricia, que es idolatría.* Col. 3:5), sin duda, esto se debe a que el codicioso es gobernado por esa lujuria que adora a su oro, en el cual ponen su confianza, y se ha convertido en el dios de ellos. Cuánto necesitamos orar: *“Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia”* (Sal. 119:36).

La Palabra de Dios también nos presenta algunos ejemplos temerosamente solemnes de los juicios que cayeron sobre los codiciosos. La caída de nuestros primeros padres se originó en la codicia, la lujuria ante lo que Dios había prohibido. Vea lo que la codicia hizo por

Balaam “*el cual amó el premio de la maldad*” (2 P. 2:15) – los honores y las riquezas que Balac prometió eran demasiado atractivas para él resistirlas. Vea lo que hizo la codicia de Acán, quien codició la plata y el oro prohibido: él y toda su familia fueron apedreados hasta la muerte (Josué 7). Mira a Giezi: codició el dinero que su amo había rechazado, y tanto él como su simiente fue herida con lepra (2 Rey. 5). Consideremos el caso horrible de Judas, quien por treinta monedas de plata vendió al Señor de la gloria. Recuerda el caso de Ananías y Safira (Hech. 5).

En vista de estas advertencias debemos llamar a esta la peor de las iniquidades: “¿Un pequeño pecado? Sin duda es algo que nos debe hacer temblar”.

La codicia es un deseo desordenado del corazón caído de la criatura; el cual es un fruto de la apostasía del hombre ante su Señor. Él codicioso ya no encuentra en Dios el objeto supremo del deleite y la confianza de su alma.

El hombre caído ama y confía en la criatura (las meras cosas), antes que en el Creador. Esto toma muchas formas: los hombres codician los honores, la riqueza, los placeres, el conocimiento; porque las Escrituras hablan de “*los deseos de la carne y de la mente*” (Ef. 2:3), y de “*la inmundicia de la carne y del espíritu*” (2 Cor. 7:1).

Es la naturaleza misma del corazón depravado anhelar lo que Dios ha prohibido, aunque este mal puede ser desarrollado con más fuerza en unos que en otros, en todo caso, una medida más amplia de la gracia restrictiva es concedida a unos más que a otros.

Estos deseos irregulares y pensamientos desordenados son los primogénitos de nuestra naturaleza corrupta, las primeras manifestaciones del pecado que mora en nosotros, el inicio de todas las transgresiones que cometemos.

“*No codiciarás*” (Éx. 20:17). “El mandamiento exige moderación con respecto a todos los bienes terrenales, la sumisión a Dios, la aquiescencia (sometimiento) de su voluntad, el amor a sus mandamientos, y una confianza en él para suplir diariamente todos nuestros deseos cómo él lo considere a bien. Esto es justo y razonable, adaptarse a lo que Dios manda y es útil para el hombre obedecer. Pero esto es tan contrario a los deseos naturales de nuestro corazón y tan superior a los logros reales de los mejores cristianos en la tierra, que es muy difícil persuadirlos que Dios requiere tanta perfección, y aún es más difícil

convencerlos de que esto es indispensable para la felicidad de las criaturas racionales; y lo más difícil de todo es convencerlos de que todo lo que se opone a esta verdad es el pecado, que merece la ira de Dios, y no puede ser quitado, excepto por la misericordia de Dios a través de la expiación de Cristo (T. Scott).

La forma más común de este pecado es, por supuesto, el amor al dinero, el vivo deseo de tener más y más riquezas materiales. La codicia o avaricia se caracteriza por tres acciones o verbos: *conseguir, guardar y gastar*.

En primer lugar, *el conseguir*. Adquirir riquezas se convierte en la pasión dominante del alma. Una insaciable codicia posee al corazón. Esta existe en diferentes grados en distintas personas y es evidente de muchas maneras.

Para ser prácticos citemos uno o dos casos. Esto ha menudo se manifiesta en un esfuerzo ambicioso por obtener ganancias inequitativas o muy altas y, de otro lado, pagar sueldos injustos a los empleados, pues, el objetivo de ellos es amasar fortunas para sus descendientes. Sin embargo, a menudo esta clase de personas ocupan posiciones destacadas en las iglesias y “*hacen largas oraciones*” al tiempo que devoran las casas de las viudas y afrentan el rostro de los pobres. ¡Ay! Cómo se deshonra el Evangelio y el santuario es profanado por estos miserables santurriones.

El pastor Arthur Pink, en una ocasión, leyó un artículo en el cual se denunciaba las mentiras y engaños practicados por muchos comerciantes, los cuales ofrecen productos con información engañosa sobre su calidad y su valor real; al finalizar el artículo, su autor concluyó con un énfasis muy solemne: “*todos los mentirosos* (refiriéndose a los comerciantes) *tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda*” (Ap. 21:8). Cuando el pastor Pink terminó la lectura del artículo se hizo la siguiente pregunta: ¿Hasta qué punto tiene la culpa de esto el público codicioso? ¿Quién es en gran parte responsable por esta falta de honradez comercial? ¿Quién tienta a los comerciantes a marcar sus productos con etiquetas mentirosas como “esto es un gran negocio”, “máxima calidad”, “el precio más económico”? ¿No son los compradores codiciosos? ¿Cuántos hoy están poseídos con un deseo insaciable de adquirir “gangas”, comprar cosas “baratas”, sin ninguna consideración consciente del valor real del artículo (y

mucho menos evalúan si realmente es un artículo de gran necesidad); todo esto fomenta el fraude en el mundo comercial.

El cristiano debe comprar sólo lo que necesita y cuándo lo necesite, y en lo posible, sólo de tiendas o comerciantes conocidos por su honestidad en los productos que ofrecen, de esa manera se estará dispuesto a pagar acorde con el valor recibido.

En segundo lugar, la codicia se evidencia en el *guardar*. Hay una mezquindad tal que se aferra tanto al dinero como un hombre que se ahoga se aferra a un tronco de madera flotante en medio del mar. Hay una actitud totalmente reprochable respecto al hacer riquezas: *“Está un hombre solo y sin sucesor, que no tiene hijo ni hermano; pero nunca cesa de trabajar, ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad, y duro trabajo”* (Ecl. 4:8).

Si, hay muchos que son totalmente indiferentes a sus intereses eternos, y trabajan día a día, año tras año, con el fin de añadir a lo que ya han acumulado. Ellos siguen acumulando dinero sin tener en consideración la causa de Cristo en la tierra o a los pobres y necesitados. Todavía hay quienes hablan incensatamente diciendo: *“Derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate”* (Luc. 12:18-19).

En tercer lugar, la codicia se manifiesta también en el *gastar*. Si hay unos que son avaros, hay otros que son derrochadores. Si hay quienes condenan al avaro por su tacañería, estos ha menudo son culpables por su temeraria prodigalidad. Lo que debe ser guardado para el invierno se utiliza para satisfacer el deseo que anhela una cosa innecesaria.

Pero no nos equivoquemos en este asunto. Ni la posesión ni guardar la riqueza es mala en sí misma, siempre que se adquiera con honestidad y se conserve con motivos justificables: *“... acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas”* (Deut. 8:18); y por lo tanto, su bondad debe ser reconocida cuando él se complace en prosperar nuestra cesta y nuestra tienda. Incluso, entonces, necesitamos la exhortación: *“si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”* (Sal. 62:10).

“*En lo que requiere diligencia, no perezosos*” (Ro. 12:11), esta es una exhortación divina. También hay un ahorro prudente que es legítimo, según se desprende de Proverbios 11:24 “*Hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza*”.

Es un deber ineludible hacer provisión para aquellos que dependen de nosotros: “*Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo*” (1 Tim. 5:8).

Es fácil pendularse al otro extremo de la balanza y convertirse en fanático, y con el pretexto de confiar en Dios, tentarlo. Ahorrar para cuando llegue el invierno es muy admisible: “*Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento*” (Prov. 6:6-8).

Ni la pereza ni la extravagancia serán toleradas. Los que por indolencia o prodigalidad fracasan en los negocios deben ser muy censurados, pues, no sólo se empobrecen ellos mismos sino que dañan a otros, convirtiéndose en la plaga de la sociedad y en una carga pública.

Lo más difícil es encontrar el punto medio, el equilibrio: ser generoso sin ser derrochador, no ser perezosos pero, sin esclavizarnos en el trabajo; ser ahorrativos sin ser mezquinos; usar este mundo sin abusar de él. Cuán apropiada es para nosotros esta oración: “*Vanidad y palabra mentirosa aparta de mí; no me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie y te niegue, y diga; ¿quién es Jehová? O que siendo pobre hurte, y blasfeme de mi Dios*” (Prov. 30:8-9).

Romanos 7:7 muestra que solamente cuando el Espíritu Santo aplica la Ley con poder a nuestra conciencia es que podemos ver el mal y sentir el peligro de la avaricia, ya que al mismo tiempo ella sirve para comprobar si en nosotros hay una disposición avara y nos ayuda a frenar el amor excesivo hacia las cosas terrenas: “*¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley; porque tampoco conociera la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás*”.

Lo que más eficazmente combate nuestro pecado innato es el amor de Dios derramado en el corazón. Un corazón generoso y una mano liberal siempre deben caracterizar al cristiano.

Unas pocas palabras sobre la atrocidad de la codicia o la avaricia. Este mal lujurioso ciega el entendimiento y corrompe el juicio, porque considera a la luz, oscuridad, y a la oscuridad, luz. *“Si puse en el oro mi esperanza, y dije al oro: Mi confianza eres tú; si me alegré de que mis riquezas se multiplicasen, y de que mi mano hallase mucho;...Esto también sería maldad juzgada; porque habría negado al Dios soberano”* (Job 31:24, 25, 28). Se trata de una lujuria insaciable: *“El que ama al dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto”* (Ecl. 5:10). La avaricia es un pecado devorador: *“...pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra”* (Mt. 13:22).

Tan terrible es este pecado y tan grande su poder, que aquel que es gobernado por la avaricia pisotea los clamores de la justicia, como Acab hizo cuando se apoderó de la viña de Nabot (1 Reyes 21); no tendrá en cuenta el llamado del amor, como lo hizo David cuando tomó la esposa de Urías (2 Samuel 11); se hundirá en las mentiras más terribles, como lo hicieron Ananías y Safira; desafiará el claro mandamiento de Dios como lo hizo Acán; venderá a Cristo mismo, como lo hizo Judas.

La avaricia es el pecado progenitor: *“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero”* (1 Tim. 6:10). Es un fatal y roedor pecado: *“Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición... el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”* (1 Tim. 6:9-10).

La raíz de esta lujuria se encuentra en todos aquellos que profanan el domingo (nuestro sabat), lo cual se ha vuelto común en nuestro tiempo. Es la codicia del dinero lo que hace que muchas empresas sigan trabajando en este día (y nosotros los cristianos también ayudamos para que los empresarios violen este sagrado día cuando compramos el periódico, vamos a la tienda, etc). Todos ellos están acumulando *“ira para el día de la ira”* (Ro. 2:5). Dios no puede ser burlado con impunidad.

Aquellos que creen que las Escrituras predicen una guerra más cruel que todas las que han existido es probable que tengan razón, pues, Dios la enviará como un azote del cielo sobre los presentes profanadores del domingo.

Fue el espíritu de la codicia lo que llevó a Israel a no tener en cuenta el cuarto mandamiento: *“En aquellos días vi en Judá a aquellos que pisaban en lagares en el día de reposo, y que acarreaban haces, y cargaban asnos con vino, y también de uvas, de higos y toda suerte de carga, y que traían a Jerusalén en día de reposo; y los amonesté acerca del día en que vendían las provisiones. También había en la ciudad tirios que traían pescado y toda mercadería, y vendían en día de reposo a los hijos de Judá en Jerusalén”* (Neh. 13:15-16).

Debido a esta profanación del día de reposo, el juicio doloroso de Dios cayó sobre la nación: *“Y reprendí a los señores de Judá y les dije: ¿qué mala cosa es esta que vosotros hacéis, profanando así el día de reposo? ¿No hicieron así vuestros padres, y trajo nuestro Dios todo este mal sobre nosotros y sobre esta ciudad? ¿Y vosotros añadís ira sobre Israel profanando el día de reposo?”* (Neh. 13:17-18). *“Y santificad mis días de reposo, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios. Mas los hijos se rebelaron contra mí; no anduvieron en mis estatutos, ni guardaron mis decretos para ponerlos por obra, por los cuales el hombre que los cumpliere vivirá; profanaron mis días de reposo. Dije entonces que derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en el desierto”* (Ez. 20:20-21).

Así que la codicia no sólo es un terrible pecado en sí misma, sino la madre prolífica de muchos otros males. En los pobres trabaja a través de la envidia, el descontento y el fraude; mientras que en los ricos trabaja a través del orgullo, el lujo y la avaricia.

Esta vil lujuria incapacita al hombre para el desempeño de los sagrados deberes, impidiendo el ejercicio de los medios de gracia que son necesarios para el creyente. Expone a diversas tentaciones que lo convierten en una presa fácil de muchos enemigos espirituales.

Cuanto más nos sometemos a esta influencia maligna, más nos comportaremos como si anheláramos tener nuestra porción en este mundo, y como si no pudiéramos ver más allá de las cosas presentes, actuando en contra del mandato bíblico: *“no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven”* (2 Cor. 4:18).

Esta lujuria nos lleva a despreciar las misericordias de Dios y enfría el espíritu de acción de gracias; y hace que el corazón se aleje de Dios: “*!Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!*” (Mr. 10:23).

La palabra que el apóstol Pablo usa en Romanos 7:7 para “codicia” (*Porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: no codiciarás*) significa literalmente “concupiscencia”. Y la concupiscencia es un mal deseo, un afecto desordenado, un deseo secreto detrás de algo. Lo que el apóstol quiere decir es esto: nunca hubiese descubierto mi depravación interna si el Espíritu Santo no hubiese iluminado mi entendimiento, si no hubiese condenado mi conciencia, si no me hubiese hecho sentir la corrupción de mi corazón.

El hombre solamente mira su apariencia externa – y como un fariseo de fariseos, las acciones externas de Pablo se conformaban plenamente a la Ley, pero cuando el Espíritu vivifica el alma, él puede darse cuenta de que lo que realmente Dios requiere es “*la verdad en lo íntimo*” (Sal. 51:6), y cuando ha comprendido esto, puede gritar angustiado “*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí*” (Sal. 51:10).

“*No codiciarás*”. **Lo que aquí se prohíbe es la concupiscencia, o esas imaginaciones, pensamientos y deseos que preceden al deseo intenso de la voluntad.** Aquí podemos percibir la santidad excelsa de la Ley Divina – la cual trasciende los códigos humanos – requiriendo la pureza interna.

Aquí también podemos reconocer uno de los errores fundamentales de los romanistas que, siguiendo a los pelagianos, niegan que estas concupiscencias sean pecaminosas hasta cuando se ceda ante ella, y afirman que los malos pensamientos sólo se convierten en pecado cuando la mente los llega a consentir. Pero la Santa Ley de Dios condena a todo lo que instiga hacia lo prohibido, condena todo lo que nos inclina hacia lo profano, y denuncia todo lo que inflama la codicia.

Todos los deseos irregulares están prohibidos. Las imaginaciones corruptas y las inclinaciones malvadas que preceden al consentimiento de la voluntad son malas, pues, son la semilla de todos los demás pecados.

Nuevamente decimos, en esto la Ley de Dios difiere de y es inmensamente superior a todas las leyes del hombre, ya que ella prohíbe hasta los deseos ocultos y las lascivias secretas del corazón. Es el décimo mandamiento el que, por encima de todos los demás, descubre nuestra depravación y muestra cuán lejos nos encontramos de esa perfección que la Ley exige.

Este es el curso del pecado de la codicia: Primero hay un mal pensamiento en la mente haciéndonos pensar en algo que no es nuestro. Luego viene el anhelo o el deseo. Luego surge una delicia interna, anticipando el placer que la cosa deseada dará, y, entonces, al menos que la gracia restrictiva intervenga, el acto externo del pecado es cometido: “...cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces, la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Sant. 1:14-15).

Esta concupiscencia o codicia del corazón es llamada “*la ley del pecado que está en mis miembros*” (Ro. 7:23). Esto es lo que desde tiempos antiguos en la teología se le llama “*el pecado original*”, el cual es la fuente interna de la maldad y el corruptor de todas nuestras facultades. Cuando no estamos contentos con nuestra suerte o envidiamos a nuestros vecinos, sí, en todo esto la Biblia dice: “*El pensamiento del necio es pecado*” (Prov. 24:9), no solamente la acción, sino el mero deseo inicial. Cuán alto es el estándar que se nos pone delante: “*Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis el juramento falso; porque todas estas son cosas que aborrezco, dice Jehová*” (Zac. 8:17).

¿Prohíbe el tercer mandamiento cualquier uso blasfemo del nombre de Dios en los labios? Entonces el décimo prohíbe cualquier levantamiento en el corazón contra Dios. ¿Prohíbe el cuarto mandamiento cualquier trabajo innecesario en el día de reposo? Entonces el décimo nos condena cuando decimos “qué fastidio es esto de guardar un día para el Señor” ¿Prohíbe el octavo mandamiento cualquier clase de robo? Entonces el décimo prohíbe desear cualquier cosa que sea de nuestro vecino.

Pero es sólo después de la regeneración que la persona se hace consciente de las inclinaciones internas del pecado y que se da por enterado del estado de su corazón. Pero luego, Satanás tratará de convencerlo de que él no es reponsable por los pensamientos

involuntarios (los cuales vienen espontáneamente), que los malos deseos están más allá de nuestro control – que son enfermedades excusables. Pero Dios nos dice: “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida*” (Prov. 4:23), y él nos hace saber que cada codicia de lo que él ha prohibido o nos retiene es obstinación, es pecado. ***Por lo tanto, somos responsables de juzgar la primera inclinación hacia el mal y de resistir los deseos cuando aún están en etapa germinal.***

Descubrir que dentro de nosotros todavía hay tantas cosas que se oponen a los Santos requerimientos de la Ley Divina debería hacernos más humildes, menos confiados en nosotros mismos, y más dependientes de Cristo, nuestro redentor, nuestro salvador y nuestro consuelo.